

bres. Durmió así como echado y con ideas tristes. Por otra parte, la herida del presidio se le había abierto de nuevo; le supuraba y le lastimaba el tobillo ulcerado. Y fue esta herida –que no la otra– la que lo retuvo en el campamento de la Bija cuando el Viejp partió con cuarenta jinetes a interceptar a la columna de Sandoval en el potrero de Dos Ríos. Pero no lo retendría mucho tiempo. El consejo de jefes había acordado su regreso inmediato a los Estados Unidos y quién sabe si ésta era la única oportunidad de combatir físicamente que se le presentaba. Como a Garzón las palabras, también a él ahora, por lo intensos, se le enredaban los pensamientos. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento?, se indagó, y para él desistir era dejar la parte activa de la guerra a otros brazos y otros ímpetus más idóneos bélicamente que los suyos. Se esforzaba por razonar serenamente, sin que el orgullo lo cegase, teniendo en cuenta nada más la obra de servicio a su patria que le habían dictado todos y cada uno de sus pasos en la vida. Y debo desistir, se repitió, en cuanto llegue la hora propia, para tener libertad de aconsejar y poder moral para evitar el peligro que de años atrás preveo. Tal vez esa hora había llegado ya.

Abandonó la pluma dejando inconclusa la carta que le escribía a Manuel, aquel amigo de México a quien consideraba un hermano. Un eco de disparos llegó a sus oídos. ¡La guerra! El la había convocado, apasionadamente se había dado por años y años a prepararla, a organizarla. Pero ahora, aquí, donde tenía el olor de la pólvora y el color rojo de la sangre, se le iba de las manos. No era éste su lugar. Nuevos disparos, que él sentía restallar dentro de sí, le señalaban con afilada nitidez que la revolución, la guerra concretaban su espíritu –al menos en este instante– en las descargas de los rifles que sacudían la mañana. A campo libre –se dijo con ferviente convicción– la revolución encontraría naturalmente su unidad. La lucha abierta era fuerza aglutinadora que hermanaba hombres, cristalizaba ideales y reducía las pasiones. Pero, ¿y él? Ya una vez había experimentado su incapacidad cuando el Viejo, Paquito Guerra y Ruenes se reunieron aparte y él tuvo que esperar mohíno pensando que se trataba de alguna acción de guerra y por eso lo apartaban. No era así, en verdad. Se habían retirado a deliberar su nombramiento de Mayor General del Ejército Libertador, y en un abrazo, el del Viejo, igualaban su vida a la de ellos. Empero, no ignoraba él que en aquel nombramiento había mucho de simbólico, aunque también de reconocimiento a su esfuerzo de años y asimismo de elemental sentido práctico ya que estaban en pie de guerra. ¿Mayor General él –pudo pensar–, que nunca había participado en un combate, que ni siquiera había disparado jamás un arma? ¿Podría oprimir el gatillo de su revólver? La muerte –no la propia, que no le preocupaba, sino la ajena– volvió a instalarse en él. Mas

una batalla era una suerte de abstracción de la violencia. Se cargaba contra el enemigo exaltado por el furor de la lid, en una especie de enajenación gloriosa, sin saber si la bala que había salido del arma de uno era la que derribaba el cuerpo que se le oponía. No era matar a sangre fría, aniquilar vidas criminalmente.

Ya el Viejo y sus hombres debían haber hecho contacto con las fuerzas españolas, porque el tiroteo era incesante. No lo pensó más. «¡Una pistola, Ángel, pronto!» Trepó a su cabalgadura y animó a su ayudante a seguirle. «¡Vamos, vamos!» Quizás recordó que le había oído decir al Viejo: «Más bonito es un tiroteo de cerca». Sí, sí. Corrían los caballos por el potrero, al sol franco, que le daba en la cara, hacia los estampidos y el ruido de la pelea. Ya estaba en combate, ya estaba en peligro de dar su vida. Y podría disparar, podría descargar su pistola contra aquellas tropas uniformadas que ponían rodilla en tierra, en cerrado escuadrón, apuntándole con sus fusiles. Podría hacerlo. Sí. Podría.

Cuando recogieron su cadáver, con la mandíbula destrozada, el revólver con que se había armado estaba cerca de él, reposando encima de la hierba, como algo inútil. Las seis balas del tambor estaban intactas. Ninguna había sido disparada.

Nota

Este año se celebra el sesquicentenario del nacimiento de José Martí, pues nació el 28 de enero de 1853. En sus *Obras Completas*, con el título de *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* se recoge su «Diario de Campaña», que va del 1 de abril al 19 de mayo de 1895, día en que murió. Escritas a vuela pluma, a lomos de un caballo, en la madrugada de los campamentos, quizá en cualquier alto o descanso de la parca columna de mambises mandada por Máximo Gómez, que cada vez se interna más en los campos de Cuba, en el centro de la provincia de Santiago de Cuba, venciendo la Sierra Maestra, que como valladar cierra el paso desde la costa donde ellos, los expedicionarios, han desembarcado, dicho «Diario» contiene tal vez las páginas más bellas que haya escrito Martí. Todo en ellas es deslumbrante, la pintura más grandiosa que alguien ha hecho de la naturaleza cubana (su geografía, su flora, sus aves, sus leves insectos nocturnos que viven bajo unas estrellas cuya belleza no deja dormir); los campesinos que viven en una tierra que maravilló al Almirante de la Mar Océana —hombres y mujeres, blancos y negros, nobles y violentos—. El pincel de Martí todo lo capta, todo lo estampa con la más viva paleta impresionista. Martí había dicho que el

escritor debía pintar como el pintor pintaba. Y jamás ha pintado Martí con las palabras tan extraordinariamente como aquí.

Incluso el alma, que se la puede ver en sus estados críticos, desde la zozobrante de Santo Domingo, cuando está a punto de partir con Gómez para la guerra que él ha «evocado», la exultante de hallarse ya en plena campaña, caminando jornadas de hasta catorce horas, en trabajos de «hombre pleno», gozando como un niño del monte pletórico de árboles de maravilla, de pastos sobre los que revolcarse, de arroyos para sumergirse, hasta la laceración que le hunde «las bajas pasiones del hombre» y el saber que su estancia aquí, en la llama de la guerra, será transitoria, que ya está decidido que él salga de Cuba, que deje la isla y vuelva al extranjero a ganar voluntades y medios para la causa de la independencia cubana.

Sí, toda la vida, interna y externa de Martí, está en ese cuaderno que será lo último y lo más alto que salga de su pluma.

Y con él, con esa estrella, girando en torno a ella, absorbiendo su luz, ha intentado el escritor cubano César Leante, el autor de este trabajo, extraer los días finales y quizá más gloriosos del Apóstol de la libertad no sólo de Cuba sino de la Humanidad donde ésta no exista o haya sido pisoteada.

Por último ante la muerte de Martí, ante la dación consciente y voluntaria de su cuerpo, repite la dolorosísima exclamación de Darío en *Los raros*: «Pero, ¡Oh, Maestro!, ¿qué has hecho?...»

Exergo

«Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí ya es hora».

José Martí
(Carta a Federico Henríquez y Carvajal, 1 de abril de 1895)

